

Diecisiete años fuera de casa

No recuerdo cómo se llamaba. Recuerdo que era profesor de música y que le faltaban pocos días para jubilarse. Lo recuerdo calentándose al sol en un banco junto a una de las ventanas del pasillo del Instituto. Recuerdo que sentí un escalofrío. "¿Es así como estaré yo cuando me llegue la hora de jubilarme?" me dije.

Al día siguiente empecé a buscar información sobre becas. Desde los quince años había soñado con Venecia, quizá porque la cantaba Aznavour. Llamé a la embajada italiana, rellené impresos, escribí cartas. Esperé. Un año más tarde llegaron la denegación, la frustración y la tristeza.

Aparqué mi sueño, lo dí por perdido. Dos años después un colega me trajo una solicitud de beca para un curso de profesores de lengua y cultura española. Aterricé en Madrid en el invierno del 89. Los árboles parecían de luto y asustaban un poco.

Vivo aquí desde entonces. No diré que me vaya mal. Pero sigo prefiriendo Aznavour a Agustín Lara. Todavía aguardo el día en que pueda irme a vivir a Italia.

Alba Guerrero Melo (Ecuador)